

ANA.—Os suplico, señor, que entréis.

SLENDER.—Me agradecería más pasear aquí. Os doy las gracias. El otro día, jugando á la esgrima, con espada y daga, con un profesor de armas, me lastimé la cara. Habíamos apostado en tres asaltos un plato de ciruelas guisadas. Desde entonces no puedo soportar el olor de las viandas calientes. ¿Por qué ladran vuestros perros? ¿Hay osos en la ciudad?

ANA.—Pienso que sí, señor. He oído hablar de ellos.

SLENDER.—Me agrada bastante la diversión de cazarlos; pero en ella soy tan pronto en enfadarme como el hombre que más en Inglaterra. Un oso suelto os intimida ¿no es verdad?

ANA.—Ciertamente que sí, señor.

SLENDER.—Eso para mí es ahora como comer y beber. Veinte veces he visto suelto á Sakerson, y lo he cogido de la cadena; pero os aseguro que las mujeres han gritado y chillado tanto, que era sobre toda ponderación. En verdad las mujeres no pueden sufrirlos. Son animales bastante feos y rudos.

(Vuelve á entrar Page.)

PAGE.—Venid, querido señor Slender, venid. Os esperamos.

SLENDER.—No quiero comer nada. Os doy las gracias, señor.

PAGE.—Nada, no podéis hacer lo que queráis. Venid, venid.

SLENDER.—No, os lo suplico. Id delante.

PAGE.—Vamos, señor; adelante.

SLENDER.—Señorita Page, id vos primero.

ANA.—De ningún modo yo, señor. Os ruego que sigáis.

SLENDER.—En verdad, no iré primero, en verdad, no. Sería hacerlos agravio.

ANA.—Os lo suplico, señor.

SLENDER.—Prefiero faltar á los buenos modales que á las conveniencias. Os hacéis agravio, en verdad.
(Salen).

ESCENA II

La misma

Entran sir HUGH EVANS y SIMPLE

EVANS.—Id á averiguar á dónde es la casa del doctor Caius. Allí vive una señora Aprisa, que se sirve de nodriza ó de ama seca, ó de cocinera, lavandera y planchadora.

SIMPLE.—Está bien, señor.

EVANS.—Aguardad, que hay mejor. Dadle esta carta; porque es mujer del conocimiento de la señorita Ana Page; y la carta es para pedirle que haga presentes á esa señorita los deseos de vuestro amo. Id desde luego, os lo encarezco. Yo iré á acabar mi comida, pues faltan aún las manzanas y el queso.
(Salen).

ESCENA III

Cuarto en la posada de la Liga

Entran FALSTAFF, el POSADERO, BARDOLFO, NYM, PISTOL y ROBIN

FALSTAFF.—Posadero mío de la Liga.

POSADERO.—¿Qué dice mi enredista matasiete? Hablad con discreción y finura.

FALSTAFF.—En verdad, posadero mío, que tengo que despedir á algunos de mis secuaces.

POSADERO.—Despedidles, mi valeroso Hércules: echadles; que tomen el portante. Al trote, al trote.

FALSTAFF.—Me cuesta el albergue diez libras por semana.

POSADERO.—Eres un emperador, César, Czar y cavilante. Tomaré á Bardolfo. Escanciará los barriles y manejará sus llaves. ¿Está bien dicho, bravo Héctor?

FALSTAFF.—Hacedlo en buen hora, amigo posadero.

POSADERO.—Está dicho. Que me siga. Quiero ver la espuma y la cal. No tengo más que una palabra. Sígueme.

FALSTAFF.—Bardolfo, vé con él. Es buen oficio el de mozo de taberna. Una capa vieja hace un nuevo colete, y un criado gastado hace un nuevo mozo de taberna. Véte, adiós.

BARDOLFO.—Es un género de vida que deseaba, y he de prosperar en él.

(Sale Bardolfo.)

PISTOL.—¡Oh miserable bohemio! ¿Y quieres manejar las espitas?

NYM.—En borrachera fué engendrado. ¿No es natural su gusto? No tiene una mente heroica, y de allí el que tenga aquel instinto.

FALSTAFF.—Me alegro de haberme desembarazado de tai caja de yesca. Sus robos eran demasiado descarados. Su manera de hurtar se parece al canto de un mal aficionado: no guarda tiempo ni compás.

NYM.—Lo exquisito es robar en un solo minuto de descanso.

PISTOL.—Sutileza, que no robo, es el nombre que dan á esto las gentes sensatas. ¡Robo! Mala peste cargue con la palabra.

FALSTAFF.—Bien, señores, pero estoy ya en el último apuro. Es necesario que me ingenie, que aguce el magín para encontrar medios. Tiene que ser.

PISTOL.—Los buitres jóvenes necesitan alimento.

FALSTAFF.—¿Quién de vosotros conoce á Ford, de esta ciudad?

PISTOL.—Conozco al individuo. No es de mala sustancia.

FALSTAFF.—Honrados muchachos míos, voy á decirlos lo que tengo en perspectiva.



PISTOL.—Las dos yardas ó más que tenéis de circunferencia.

FALSTAFF.—Nada de bromas ahora, Pistol. En verdad que me veo con el agua á las narices; y á pesar de mis dos yardas de redondez no puedo redondearme. Así, estoy por ver de medrar y no de quedarme con un palmo de narices. En una palabra: me propongo enamorar á la esposa de Ford. Entreveo disposición de su parte. Discurre, trincha, dirige miradas tentadoras. Puedo interpretar la ac-

ción de su estilo familiar, y la más sólida expresión de su conducta, puesta en buen inglés, dice: «Soy de sir Juan Falstaff.»

PISTOL.—La ha estudiado bien: la ha traducido bien: de la honestidad al inglés.

NYM.—Hondo me parece el fondeadero. ¿Morderá ahí el ancla?

FALSTAFF.—Corre la voz de que es ella quien maneja los cordones de la bolsa de su marido. Tiene legiones de ángeles en oro sellado.

PISTOL.—Que llaman á otros tantos diablos: «A ella, muchacho» es lo que digo yo.

NYM.—El buen humor toma creces: excelente cosa. Poned de buen humor conmigo á esos ángeles.

FALSTAFF.—Aquí tengo una carta que le he escrito; y hé aquí otra para la esposa de Page, que acaba de ponerme ahora mismo los ojos dulces y ha examinado minuciosamente y como persona experta cuanto puede haber en mí. Sus miradas, como rayos de oro, brillaban revisando ya mi pie, ya mi majestuoso talle.

PISTOL.—Entonces podéis decir que el sol brillaba sobre el estercolero.

NYM.—Te felicito por esa jovialidad.

FALSTAFF.—¡Oh! Pues recorrió todo mi exterior con intención tan manifiesta, que el fuego del deseo en sus ojos parecía quemarme como un lente puesto al sol. Hé aquí otra carta para ella. También ella maneja la bolsa: es una región de la Guayana: toda oro y liberalidades. Explotaré á una y otra, y serán mi tesorería. Las tendré como á mis Indias Orientales y Occidentales, y comerciaré con ambas. Vé y lleva tú esta carta á la señora Ford; tú, esta á la señora Page. Prosperaremos, muchachos, prosperaremos.

PISTOL.—¿Y he de volverme un Mercurio, un Pandarus de Troya, yo que llevo un acero al cinto? No: ¡vaya todo al diablo!

NYM.—No quiero bajezas en la broma. ¡Ea! Tomad la carta. Yo he de conservar una conducta reputable.

FALSTAFF.—Aquí, muchacho. (*A Robin*). Lleva tú estas cartas, y sal como mi bajel hacia esas playas doradas. Y vosotros ¡bribones! ¡fuera de aquí! ¡lejos! Pasad como el granizo. Trabajad, surcad el suelo con los talones, buscad albergue, marchaos. Falstaff quiere acomodarse al espíritu de la época, y medrar á la francesa ¡bribones! para mí y para mi paje galoneado.

(*Salen Falstaff y Robin.*)

PISTOL.—¡Que los buitres te roan las entrañas! Siempre son buenos los dados cargados y la botella, porque arriba y abajo seducen al rico y al pobre. Yo tendré llenos de testones los bolsillos, mientras tú carecerás de ellos, vil turco frigio.

NYM.—Algo me bulle en la cabeza, como sugerido por el deseo de venganza.

PISTOL.—¿Quieres vengarte?

NYM.—Por el cielo y su estrella.

PISTOL.—¿Por astucia, ó por acero?

NYM.—Con uno y otra. Yo conversaré con Page sobre la fantasía de este amor.

PISTOL.—Y yo revelaré igualmente á Ford, cómo Falstaff, vil bribón, tratará de seducir á su paloma, robarle su oro y deshonorar su lecho.

NYM.—No desmayará mi encono. Induciré á Page á que se sirva del veneno: haré que lo posean los celos, porque la sublevación del ánimo altivo es peligrosa. Tal es mi verdadero anhelo.

PISTOL.—Eres el Marte de los descontentos, y yo te secundo. Vamos adelante. (*Salen.*)

ESCENA IV

Cuarto en casa del doctor Caius

Entran la señora APRISA, SIMPLE y RUGBI

APRISA.—¿Oyes, Juan Rugbi? Te ruego que vayas á la puerta-ventana, y veas si puedes divisar á mi señor, el señor doctor Caius, en camino hacia aquí; pues á fe mía, que si llega y encuentra á alguien en la casa, ya tendrán que pagarlo la paciencia de Dios y el idioma del rey.

RUGBI.—Voy á hacer de centinela.

(Sale).

APRISA.—Vé, que por ello tendremos una buena colación temprano en la noche, te lo prometo, al último calor del carbón de piedra. Es un mozo honrado, servicial y bondadoso como el mejor sirviente que jamás pisó casa alguna. Y os aseguro que no es chismoso, ni pendenciero. Su peor falta es ser dado á rezos, y á veces es testarudo en esto; pero no hay quien no tenga algún defecto. Así, no hagamos caudal de ello. ¿Decís que vuestro nombre es Pedro Simple?

SIMPLE.—Sí, á falta de otro mejor.

APRISA.—¿Y el señor Slender es vuestro amo?

SIMPLE.—Sí, ciertamente.

APRISA.—¿No lleva unas grandes barbas redondeadas como la cuchilla de los guanteros?

SIMPLE.—No, en verdad. Tiene una carita escuálida con un poquito de barba amarillenta, barba color de Caín.

APRISA.—Hombre de espíritu apocado: ¿no es así?

SIMPLE.—Muy cierto; pero tan apto para hacer valer sus manos como cualquiera. Se ha batido con un guarda-caza.

APRISA.—¿Qué decís? ¡Oh, ya debería recordarlo!

¿No lleva muy erguida la cabeza y se pone tieso al caminar?

SIMPLE.—Exactamente, así es cómo hace.

APRISA.—Bien. No envíe el cielo peor fortuna á Ana Page. Decid al señor cura Evans que haré por vuestro señorito cuanto pueda. Ana es una buena doncella, y quiero...

(Vuelve á entrar Rugbi.)

RUGBI.—Idos. ¡Ay! aquí viene mi amo.

APRISA.—Seremos exterminados todos. Corred allí, buen joven, meteos en ese armario.

(Encierra á Simple en el armario.)

No permanecerá mucho rato. ¡Hola! Juan Rogbi. ¡Juan, digo! ¡Ea, Juan! Vé á averiguar del señor. Temo que haya enfermado, pues no le veo venir á casa.

(Canta).

«Y abajo, abajo, abajo.»

(Entra el doctor Caius.)

CAIUS.—¿Qué cantáis ahí? No me gustan estos pasatiempos. Id y traed de mi armario un *boitier vert*, una caja, una caja verde. ¿Oís lo que digo? Una caja verde.

APRISA.—Sí, ciertamente, os la traeré. (*Aparte*). Me alegro de que no se le ocurriera ir en persona. A haber encontrado al joven, se habría puesto loco de ira.

CAIUS.—¡Uf! A fe mía que hace demasiado calor. Me voy á la corte. ¡El gran negocio!

APRISA.—¿Es esta, señor?

CAIUS.—Sí: ponedla en mi bolsillo. Despachad pronto. ¿Dónde está el bellaco Rugbi?

APRISA.—¡Hola! Juan Rugbi. ¡Juan!

RUGBI.—Estoy aquí, señor.

CAIUS.—Eres un Juan Rugbi y un animal Rugbi.

¡Ea! Toma tu sable y ven á la corte pisándome los talones.

HUGBI.—Está listo, señor, aquí en el pórtico.

CAIUS.—Por vida mía, que demoro demasiado. ¿De qué me olvido? ¡Ah! Allí hay unos medicamentos en el armario. No quisiera olvidarlos por nada de este mundo.

APRISA.—¡Ay, Dios mío! Va á encontrar allí al mozo, y se pondrá como un vive Cristo.

CAIUS.—¡Diablo, diablo! ¿Qué hay en mi armario?
(Sacando afuera á Simple.)

¡Villano! ¡ladrón! ¡Rugbi, mi espada!

APRISA.—Señor, tranquilizaos.

CAIUS.—¡Pues hay de qué estar tranquilo!

APRISA.—Este es un mozo honrado.

CAIUS.—¿Y qué tienen que hacer los hombres honrados dentro de mi armario? Ningún hombre honrado tiene á qué venir á mi armario.

APRISA.—Os conjuro para que no seáis tan flemático. Escuchad la verdad. El vino donde yo con un recado del cura Hugh Evans.

CAIUS.—¿Y bien?

SIMPLE.—Sí, en conciencia; para rogarle que...

APRISA.—¡Paz, os ruego.

CAIUS.—Paz á tu lengua. Dime el cuento tú.

SIMPLE.—A rogar á esta honrada señora, vuestra doncella, que intercediese para con la señorita Ana Page en favor de mi amo, á fin de hacer el matrimonio.

APRISA.—Eso es todo, ciertamente. Pero no meteré yo la mano al fuego, ni necesito hacerlo.

CAIUS.—¿Es sir Hugh quien os ha enviado? Dame un poco de papel, Rugbi. Y vos esperad un momento.
(Escribe.)

APRISA.—Harto me alegro de que esté tan tranquilo. Si se hubiese impresionado mucho, ya le habríais oído poner el grito en el cielo, y con poca jovialidad. Sin embargo, haré por vuestro amo cuanto

pueda; pero el sí y el no dependen de mi amo el doctor francés. Y digo mi amo, porque, ya lo veis, estoy encargada de su casa, lavo la ropa, hago el pan, preparo la comida, pongo la mesa, hago la cama, la deshago, y tengo que hacerlo todo.

SIMPLE.—Pues debéis tener bastante peso sobre los brazos.

APRISA.—¿No os parece? Ya veréis si es una carga pesada. Levantarse á la madrugada y acostarse tar-



de. Pero no obstante (os lo digo en secreto, pues no deseo que se hable de ello), mi amo en persona está enamorado de la señorita Ana Page; pero á pesar de todo, yo conozco la mente de la señorita: ella no piensa en el uno ni en el otro.

CAIUS.—Vé, galopín; entrega esta carta á sir Hugh. ¡Voto á sanes! Es un cartel de desafío. Le cortaré el pescuezo en el parque, y enseñaré á este ganapán de cura á entrometerse en lo que no le atañe. Marchaos: no tenéis que hacer aquí. ¡Vive Dios! Que he de cortarlo en dos, y no le dejaré ni manos para tirar una piedra á su perro.

(Sale Simple.)

APRISA.—El infeliz no habla sino por su amigo.

CAIUS.—Eso nada importa. ¿No me decís que Ana Page ha ser mía? ¡Por vida de!.. que he de matar á ese intruso clérigo, y ya he encargado al posadero de la Liga que mida nuestras armas. Por mi alma, que he de tener á Ana Page para mí solo.

APRISA.—Señor, la damisela os ama, y todo irá bien. Debemos dejar hablar á las gentes. ¡Pues no faltaba más!

CAIUS.—Rugbi, ven conmigo á la corte. Por mi vida, que si no tengo á Ana Page, te planto en la puerta de la calle. Sígueme, Rugbi.

(Salen Caius y Rugbi.)

APRISA.—Lo que tienes es una cabeza de imbécil. No, demasiado bien conozco á Ana Page; ni hay en Windsor quien sepa sus intenciones mejor que yo; ni, gracias á Dios, quien haga más que yo por ella.

FENTÓN (*desde adentro*).—¡Hola! ¿Hay alguien en la casa?

APRISA.—¿Quién está ahí? Acarcao, os ruego.

(Entra Fenton.)

FENTÓN.—¿Qué tal, buena mujer? ¿Te sientes bien?

APRISA.—Lo mejor que su señoría puede desearme.

FENTÓN.—¿Qué nuevas? ¿Cómo está la bella señorita Ana Page?

APRISA.—Y por cierto, señor, que es bella y gentil y honrada; y, lo diré de paso, buena amiga vuestra, gracias sean dadas al cielo.

FENTÓN.—¿Te parece que haré cosa de provecho? ¿No perderé mi tiempo en cortejarla?

APRISA.—En verdad, señor, que todo depende de la voluntad del que está arriba; pero puedo jurar sobre un libro, que os ama. ¿No tiene vuestra señoría un pequeño lunar encima del ojo?

FENTÓN.—Ciertamente que sí. ¿Y bien?

APRISA.—Pues en ello hay todo un cuento. ¡Qué alegre humor el de Ana! Pero, jamás probó pan

una doncella más honesta. Una hora entera hablamos ayer de ese lunar. Estoy seguro de que nadie sino ella sería capaz de hacerme reír. Pero, en verdad, es muy propensa á la melancolía; á no ser por vos. Bien; adelante.

FENTÓN.—Bueno. La veré hoy. Hé aquí un poco de dinero para ti. Háblale en favor mío, y si la ves antes que yo, salúdala en mi nombre.

APRISA.—¿Que si lo haré? Ya lo creo que sí. Y diré á vuestra señoría algo más sobre el lunar la próxima vez que podamos hablar confidencialmente; y también de otros pretendientes.

FENTÓN.—Bien: adiós. Estoy muy de prisa en este momento.

(Sale).

APRISA.—Dios acompañe á vuestra señoría. Honrado caballero, en verdad; pero Ana no le ama; pues yo conozco su mente tanto como quien más. Acabemos de una vez. ¿Qué se me olvida?

(Salen).

